

DÁMNEH *HENMAD*

El viaje de Únukai al mundo de
Énova

Poesía gráfica

MIKHAÍL VERA (Poesía)
DYLAN PONCE (Dibujos)



PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN CON FINES COMERCIALES, TANTO EN POESÍA COMO EN DIBUJOS.

UNO

Primer acercamiento a otro mundo

“El sueño de la razón produce monstruos”
Goya

“Lo que yace para siempre no está muerto
Y, según las eras pasan, hasta la muerte
puede morir”
Abdul Alhazred en Los mitos de Cthulhu,
H. P. Lovecraft



...En la habitación de penumbras
donde los escombros se aglutinan en
manos de tinta, permanecía silencioso yo;
Únukai, el joven más sabio del mundo
moderno (o el más torpe de mi estirpe)
ahora hundido en largo letargo, rodeado
de telarañas y libros antiguos.

Hace rato he decidido, por mi propia
voluntad, en tanto no me encuentre cavilando
acerca de los ciclos eternos del tiempo,
entregarme a los sueños para marchar
lejos y cuanto antes del recuerdo de otro
amor que no pudo ser.

Cuando repentinamente, en un soplo en el
que pierdo la noción de los días y las horas,
otro ser, para siempre dormido, se asoma
en el despertar de mi sueño.

Entre aguas turbias de mis fantasías destri-
padas, aproxima su sonrisa dantesca sin que
alcance a distinguir su sombra.

Tomándome por sorpresa, penetrando pro-
fundo e hiriendo el paisaje de mis temores.

Figura de ilusiones, fugada de la mente de
una antigua aberración:
¡Él! culpable de mi fiebre, de mis jadeos y de
mis alucinaciones persuasivas, constantes,
inquietantes:

Una ventisca sin explicación, un frío alado
emerge sombrío a un costado de la habita-
ción:

Pinos robles y abedules, también el aroma
de la tierra humedecida y cadáveres
a una orilla, se transportan con ella,
pese a que no haya ventana por la que
pudiera filtrarse
magnánimo compendio de aromas.

Una melodía en tiempo muerto
viaja junto a aquella extraña brisa, aliento
de un ser que anima mi curiosidad;
enmudeciendo por sorpresa mi rostro,
helando el ritmo de mi sangre.



Trepan sus notas entre las neblinas de la alcoba, alegrando esta aura cadavérica.

Poderosa y altiva, ¿desde qué sitio del infierno brota y por qué llegó hasta mí?

Motivo de mis obsesiones, esta melodía desaparece y retorna con mayor fuerza, eterna en su desgracia, cual repentino destello que intenta convalecer con pálidos fulgores, mi alma de tumba.

En el estupor de los sentidos mi mirada en fuga se da con el hilo incierto que atañe este mundo con el otro: Cual caja de pandora, una vez vulnerada por un ser cualquiera, las más dementes pesadillas se vierten a través de tan ínfimo umbral.

Este es el origen del rozamiento de un mundo melodioso con el mío; triste y sin voz.

Roza mi vista con una espectral araña tejedora quien del otro lado, aguardaba con lascivia mi llegada.

Yo mismo camino sobre la finitud de este hilo macabro; un pie encima del mágico abismo, el otro sobre la realidad más pérfida.

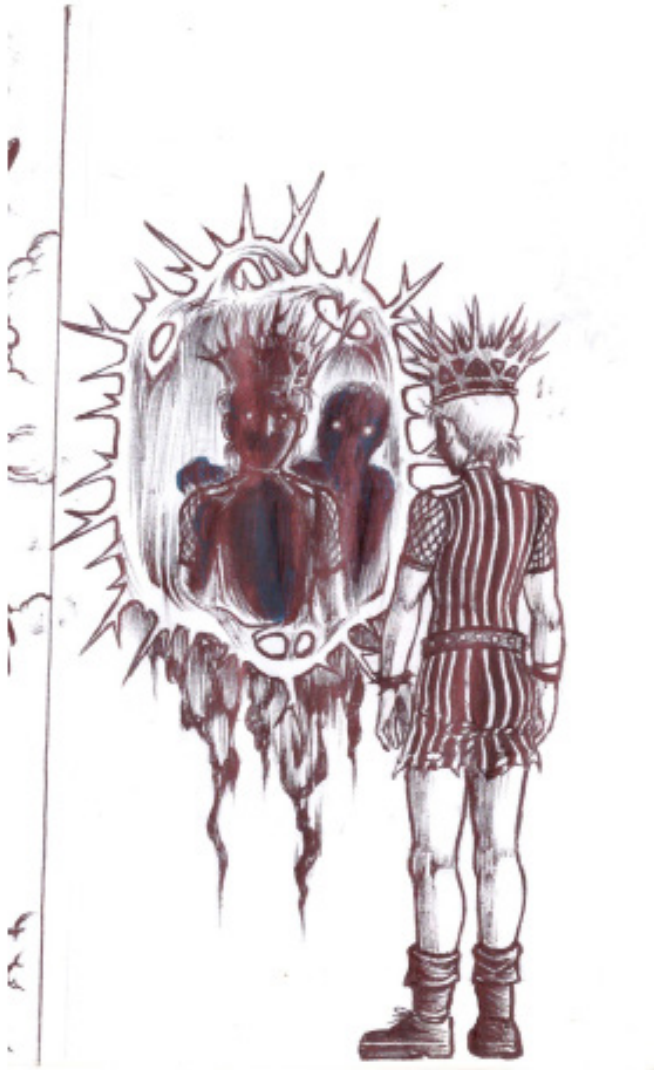
Con la espalda hacia el bosque de mis temores, donde las arañas y los espectros abundan y entre las espinas de una tierra seca que no existe, un espejo refulgente corre mi atención de tan excéntrica melodía.

Lo tomo ya sin miedo y le observo cual preciosa piedra: ¿Quién sonríe en él; es mi rostro –el de un monstruo? ¿Qué es este cuerpo extraño? Me exige permanecer encerrado, no lo entiendo.

Acaso el espejo solo refleja el futuro: un ser cuya voracidad y tamaño paraliza mis manos, deslizándose de ellas y rompiéndose tan valioso objeto en mil fragmentos.

¿Si me quedo aquí, no me libro acaso a vencerme de antemano,

para que las tinieblas me abracen eterno
en sus nichos, para que la soledad me
desgarre en silencio?



¿Y qué tal si, de salir del sueño, al final seré
liberado de la pesada sombra, por perseguir
esta melodía
de ultratumba?

Entonces veré el amanecer en conseguida
proeza
y en el final del sueño, por fin, me revelaré.

Pues la belleza de tan sutiles notas diluidas
en fantásticos instrumentos inexistentes,
esta delicadeza en ritmos extraños
parecen socorrerme y al mismo tiempo inci-
tarme a
buscar no sé qué,
aún a riesgo de que conduzcan
a inesperado destino.

De tener voluntad escaparía a los confines
de este y del otro mundo,
buscando solamente el alma de quien
provenga tan alocado ritmo.

Vence el océano no porque esté vivo, sino
porque sabe moverse,

así esta melodía danza en mis oídos aunque sea intrigante como la misma muerte.

A través del umbral se asoman repentinos aleteos, garras y chasquidos, que caen vibrantes sobre el alma dubitativa que se aprisiona ella misma, presa del espanto, ebria del deseo.

Aves nocturnas que ondulan repugnante como mil miedos. Todas ellas en caos, se detienen repentinamente frente a mí tornando en un solo ave de dudoso semblante, que se echa en mi regazo.

Acaso se trate de una criatura similar al murciélago, sólo que más voluminoso, fugado de las aberturas de mi furtiva voluntad. Voluntad por la cual padece él igual tormento:

¿Cómo encontrar el sitio de donde procede la melodía en tiempo muerto, cuya belleza nos seduce por igual? ¿Estaré presa de un delirio sintiendo con los ojos de otra criatura,

en cuya mirada se revela ante mí, y sin mediar palabra, como el poderoso Úlufus?

Para llegar al tiempo incierto donde manda mi destino, es preciso más que una piedra de la inmortalidad.

Mas esta criatura de nobles sentimientos pareciera ofrecerse para que vea a través suyo por sobre todas las alturas.

Ella me otorgará su vuelo y sus sentidos. Yo tan sólo mi sangre.

Ella será mis alas, yo sus pies...

DOS

Encuentro en el Aquelarre



Salgo animado a caminar, quebrantada
mi soledad
al hacerme de la compañía de Úlufus, y no
sin antes mirar atrás.

Con sólo un pie del otro lado del umbral,
lejana y como de otra era se observa la
habitación de Penumbras.

Las hojas y las piedras vivas, partes
inconmensurables del invisible viaje sin
rumbo:

Un paraíso seco, de apariencia muerto y
sabio y otro florido y bello,
y ambos omnipotentes
en la entrada de un bosque
desde donde se asoman diabólicas sonrisas
diminutas...

Una mano pérfida en mis recuerdos:
no me sorprenden estos dos árboles, inusi-
dos gigantes, que en singular voz
se revelan en mi mente como Aleph y Tífe,
dadores de equilibrio sobre el que se
sostiene el mundo de Énova.

Más los he visto ahogarse por el final; arde esta cabeza intentando recordar, fiebre y se concentra en los cráneos en la arena.

Catacumbas adornadas por desoladas flores nocturnales, ¿siempre es de noche (y la noche es siempre morada) en este frío sitio donde se siente uno en extremo observado?

Lejos del imperio del Rey Sol sobre la Tierra y de los dominios que la Luna ejerce sobre los Océanos, observo que ningún astro se eleva en el cielo violeta y amarillo de tan extraño mundo.

Camino insólito entre cuevas antiguas desde donde se oyen al unísono, gruñidos de los nigromantes.



Bruscos gemidos
de brujas lascivas
vuelan inundando
de encantamientos
tonales,

viejos paisajes de depravación:

Vuelan abatidas desde las copas de finos robles,
pinos y abedules, se confunden
entre gigantescas palomas nocturnas.

Oye el llamado de murciélagos a los que entrego
mi cuello desnudo:

Ésta es mi sangre, vuestro alimento.

Ésta mi joya sin valor, el cuerpo que se entrega a los perversidades indescifrables al ojo corriente, tocando un piano encaramado sobre fuego que no quema y que relincha como mil metales antiguos.

Los espíritus de los tentados observan tan diminuta ofrenda murmurando

extrañas palabras y ofreciéndola al único pontífice, bondadosa en su dominio, hostil con quienes desean escapar del mismo.



Príncipe o princesa de las tinieblas, gran serpiente quien dirige solemnemente la orquesta, respecto de quien presiento con un solo pensamiento que dura lo que una milésima de segundo, que le conozco por milésima vez.

Bien dentro de tan maña fiesta, espectros tocan los chelos sobre asnos y éstos aportan clarinetes, montados a su vez sobre aves de rapiña que no precisan de instrumento alguno para decorar con sus agudos.

Un gato negro toca desprolijamente un triángulo, montado a su vez, encima de un perro monstruoso.



Entre humos de los más hediondos
algunos danzan mientras otros continuamos
tocando en entrega, a lo que se suman sapos
flautistas sobre esqueletos intrépidos que
agregan chasquidos
Todos y todas, al compás de la fúnebre
orquesta del mismo infierno

Y entre murmullos envalentonados,
alguien de espalda al aquelarre, realizando
un solo, atrae mi curiosidad;

Un dulce compás cercano conduce
mi mente obnubilada hacia su
verdadera proeza, dejando atrás
la nada bendita, Orquesta carnal.

De sus dedos, que tocan un sofisticado
violín infernal, proviene la melodía principal,
De su rostro, aún incierto
podré enamorarme y a él solo entregarme.

Entre sombras observo desde el aire etéreo;
el rostro emerge de entre el polvo y resplan-
dece su palidez en la penumbra.

Siendo aún más bello, de lo que había jamás
soñado...

¿Mas quién eres tú que en un aquelarre
te mueves como un pez en el mar,
y cómo es posible que tu belleza oceánica
se asome siquiera a este sitio bajo y caído?



¿No será tu rostro un hechizo y
tu melodía una ilusión?

¿Serán tus ojos reales, o acaso se trate
de otro desvanecimiento,
mas no me encuentro yo mismo -dentro de
un escenario fantástico?

Un susurro se proyecta desde esta mirada
maldita,
condena el ser idílico a las flores marchitas
de mi alma.

Esta alma que viste harapos, esta alma casi
vencida,
¿no desgasta con tan sólo verla, su belleza
perfecta como la creación?

Y sobre todo este caos, esta desesperanza
que destiñe hasta los colores del mar;
ay este horror que nubla lo cierto
¿no acabará por arrastrarlo a él mismo?

Fuertes y turbias son las aguas de mis pe-
sares, este umbral mágico ¿cuánto tiempo
podría permanecer abierto y cómo convence-
ría a esta alma agraciada, sin trastornarla?

Sombra y también luz en su rostro, una
composición que no tiene igual...

Pero ya basta de este soliloquio; antes que
blasfemar con solitarios pensamientos es
mejor profanar también con las manos.

Sus ojos diamantinos se clavan en mí, ¿lee-
rá acaso en estos escuetos pensamientos, la
debilidad de mi ser?

Y porqué dudo yo; si mi alma sabe que ella
bien se acompañaría con la suya.

Reclamo a Úlufus con mi pensamiento, quien
sin perder tiempo, se aproxima otorgándome
su poder.

Y retornando rápidamente a mi empresa...

Vuelo hacia él...

Vuelo hacia él...

Sus ojos se clavan
en mí...

Vuelo hacia él...

Vuelo hacia él...

Ambos bien sabemos que el amor
dura un corto instante que no puede
hacerse esperar.

En sus ojos la exaltación a darnos un beso
sin lágrima de pavor, y en su mirada sin an-
sias, un nombre;
en mis labios las siguientes palabras:

*“Soñando a través de tus ojos apenas pude
acariciar las melodías de tu piel; Dámneh,
nombre y tentación con el que te bautizaron
y te ocultaste para sobrevivir entre los demo-
nios.*

*Tú que no existes y sin embargo apareces;
espero por fin conocerte. Saber cómo miran
tus ojos
una vez más, único tesoro.*

*Tu alma, Dámneh,
no importa si esta sufre, deambula por calles
paganas
sin comprender este tiempo muerto, aquel
diluirse en nada.*

*Oye mi letanía y juntos venceremos el ciclo
del bosque y el desierto, huiremos de cual-
quier lucha nefasta entre la vida y la muerte,
volando hacia el océano infinito donde nos
abrigarán tanto los halcones como los delfi-
nes.”*

Noto en su rostro sin sorpresa,
armónica proeza por la que esperaría otros
mil años;
sus rojillos pómulos empequeñecer,
sus ojos ya lejanos y extenuada su melodía
cantora;
o seré yo quien por su declaración
fuera arrastrado lejos de su belleza
por sombras sin escrúpulos
inmiscuidas en el sueño que
por poco, casi conoce la luz de su ocaso.

Con fuerza de torbellino me someten a
azorado regreso, tras advertirse de nuestro
deseo solitario,
desvanecidas figuras de ensueño
Y sin que él, el único
Dámneh
toque siquiera
mi rostro de espanto.

TRES

El beso que no es



En la habitación de penumbras, el vacío
se expande por fuera y crece dentro de mí.
No habrá sueño ni alimento que lo serene.
Sólo un nombre: Dámneh.

Ya no hay orquesta diabólica alguna
sin embargo no dejo de percibir
melodías acaso traídas
por una ventisca sin explicación.

Tomo un lápiz intentando escribir
experiencia idílica de entre noche.
Mas el monstruo en mi habitación
empieza por seducirme y absorber
mis más vitales deseos.

Por volar más alto que él, por llegar
donde ningún otro mortal, se enrosca en mis
entrañas. Más solamente crece si yo le doy
lugar ¡pues él es carne
de mi sueño! Y no al revés.

Dámneh, ¿dónde estás?
Los hombres han corrompido mi corazón
para sucumbir ante un demonio
que nació con mi temor.

¿Podré recordar para siempre tu mirada
recóndita y altiva?

¿Podré retener inmortal tu melodía profunda
en el abismo de mi alma?

Ahora, puedo desdoblarme
volando, esta vez, sobre luces y sombras
sin que el aire note siquiera la presencia de
alguien más liviano que él mismo.

Fúnebres melodías convalecen el alma ves-
tida en harapos,
tornándose éstos dorados
por acción refulgente de las suaves
notas ahora impregnadas en ella.

Un profundo aroma melódico proviene de
entre vivos árboles del bosque antiguo

Desde la altura te observo, adorable
entre hojas verdes y vivas flores:
¿Podrás oír mis exclamaciones?

Respiro detrás de tu nuca, junto al sauce
fuerte sobre el que te apoyas, ambos suspi-
ramos por la flor más bella...

¿Me escuchas revolotear?
Soy el ave a tu costado...

Esta vez las melodías se multiplican, podré
oírte tanto como lo deseo.

Mis labios se acercan a los tuyos, ¿podrás
sentir mi calor?

Dámneh: nombre y tentación
con el que te bautizaron los demonios:
¿Qué ha sucedido con tu cuello embebido en
sangre?



Ahora, las melodías de tu piel
languidecen, pero porqué:

¿Acaso he herido tu cuerpo mortal
en la otra esquina del mundo?

¿Acaso el murciélago en el que viajaba mi
alma, en su afán lascivo, acabó por morderte?

O tal vez el demonio que siempre
martilla mi voluntad, el demonio que viaja
con mi sombra, sí: ¡ha de ser él!

Una densa neblina rodea tu aura, ahora
hojas oscuras cubren tu cuerpo marchito,
apenas permiten ver un rostro pálido
refulgir en la penumbra

Raíces malditas teñidas de sangre
absorben tu sagrada vitalidad, retienen tus
extremidades, las sujetan al frío, a
la profundidad hiriente
del bosque y de la serpiente
y de todo lo macabro
que en él orbita.

Estás solo, y yo estoy aún más solo
y ni tan sólo tu cuerpo de ave puedo tomar

para reposar contigo...

Te marchas, Dámneh.

Te mueres, Dámneh.

Allí donde ya no podré seguirte.

Allí donde no ingresan almas oscuras.

Sombras en mi vuelo.

¡Sombras rumiantes envolviendo mi Dámneh
y arrastrándome fuera del mismo!

CUATRO

Caricia de amor, de lujuria, sólo tal vez



Atravesando repentinamente fúnebres
bosques de tormento, cual flecha lanzada y
violentamente caída:

La habitación de penumbras.

Postrado en mi sitio me percibo a mí mismo
como un rey enfermo atrincherado en
su propio reinado
pútrido.

De ojos tristes brotan sulfurosas lluvias
ante la muerte inminente del único
ser amado.

Sobreviniendo recuerdos como fantasmas:
El de su cuerpo marchito, agua maldita que
asesina mis sentidos.

El recuerdo de su rostro, aroma laurel, su
rostro que permanecía intacto como una nube
bajo un sauce,
infinito es y será su misterio
imperecedero
aún ante la misma muerte.

Un licor es contemplarlo hoy en mi
memoria,
la bebida más espiritosa hubiera sido beber
de él.

Así me pierdo yo en mares de pensamientos,
temeroso ante las extrañas pesadillas que
sobrevuelan a mí;

Cuando una mosca grotesca, grande como
mi dolor, se asoma sonriente desde el umbral
maldito
a la silla de mi pesar.



Dónde revolotean las
moscas
si no es donde hay una
herida
abierta de la que
nutrirse.
O, en consecuencia;
llana muerte que rumiar.

Debe ser Belzec, quien querrá conocer
el espectáculo de un hechicero derrotado
por sus propios demonios,

Hechicero al cual sólo le resta penetrar
con serenidad en los labios del ser para
siempre dormido,
pues ya sin amor por el cual luchar
no habrá victoria alguna
que asegurar.

Pero a veces hasta la muerte es otro simple
espectador; gimiendo, el inalcanzable
Úlufus aletea
dejando con su fuerte vuelo muy atrás a la
mosca grotesca, asomándose a la silla de mi
pesar, trae nuevamente el alivio
a la vez que acarrea un
bello rostro altivo:

**El rostro más bello de entre todos los ros-
tros.**

¿Cómo podría este rostro, la más bella com-
posición;
y su piel, melodía en eterno retorno,
llegar verdaderamente hasta mí?

Sin meditar lo acaricio y él corresponde co-
nociendo perfectamente el arco sensible

que recorre mi piel; ¿acaso es este diablo,
un reflejo de mí?

Besa mis mejillas a lo que respondo con
mutismo y posando en mí sus ojos diamanti-
nos
se incorpora en un cuerpo que
no es de hombre, ni de mujer.

¿De qué sustancia se apoderó
para ser tan material como las manos
(y la tinta) que le escriben?

Apoyado en mí, en perpetua caricia
nuestros alientos se enroscan como uno solo,
nuestros corazones laten al unísono como si
fueran uno solo.

Y como uno solo nos fundimos
el uno en el otro, en interminables segundos
cuando, de pronto, sus ojos de color
cambian de un turquesa oscuro al amarillo,
al amarillo de mis pesadillas.

Su tez pálida deviene en verduzca,
escamosa.

Su aliento se torna ácido monstruo.

De sus eternos labios inmutados de belleza
infinita,
rugidos equivalentes a mil truenos ahora
brotan.

Y lo que antes era una caricia de amor,
de lujuria, sólo tal vez,
se clavó de pronto en mí como la garra
de una bestia que devora a su presa.

Dejándome tan atónito como muerto, aunque
sin perder, por poco, el último aliento:

Se deshizo la fantástica composición
languideciendo con pena el más bello hechizo
e incorporando mi alma a la soledad
de las tinieblas.

CINCO

Una figura frágil de este mundo



El paisaje teñido de fantásticos colores y una melodía aromática retorna al cuadro monótono de La habitación de Penumbras.

Allí, Levián, con el mismo ímpetu que dirigía la orquesta carnal, clava su ojo morado en mí permitiéndome recordar su nombre para siempre.

Se presenta junto a alguien más de espalda a quien reconozco por su aroma, pese a no poder ver su rostro: ¿qué haces aquí? ¿Qué no habías muerto?

Los dos igualmente lindos ante mis ojos, ¡y dos de los tres perfectamente iguales!

Oh revelación, oh pesadillas de locura, de tortura y de muerte; Ilusiones enfermizas que se repiten eternamente:

Yo que perseguí con coraje la belleza de una melodía que convalecía mi desdichado corazón,

Yo que he conocido el rostro de la belleza:

puedo aseverar que éste no es tan disímil al
rostro propio;

Y que aquella fatua melodía, ¡resultara exi-
gua al oído de cualquier otro ser!

Al final son los inanimados, vivas imágenes
de los animados.

Oh. ¡Y el infierno debe ser entonces una figu-
ra frágil de este mundo!

El cuerpo me pesa. No estoy libre al vacío

Ni podré elevarme nunca más por sobre
esta tierra de inmundicia. Oh ¡este pesado
deseo, esta escamosa condición, no me lo
permitirán!

Entre trémulos árboles inexistentes de mi
bosque de tormento, otra vez un objeto reful-
gente:

Es el espejo de espinas en cuya imagen es-
trellada dos pérfidos ojos amarillos insinúan
un paupérrimo festín.

Carne de mi sueño, piel de mi propia piel;
Mi corazón como banquete.

Atisbo la impronta de Belzéc sobrevolar en-
cima de todos nosotros.

En medio del regodeo de Levián que crece
exponencial en superficie arenosa,
y sin que yo le imponga límite,
el leve sonido de un aleteo nocturnal
trae consigo una brisa inusitada;

La bestia para siempre dormida intenta
clavar un colmillo en mi pecho, impedida
apenas por Úlufus, quien fuera a
divertida a su vez por el adorable Dámneh.

La serpiente consagrada decide, impedida
de someterme, devorar el cuerpo florido del
paraíso, omnipotente hasta entonces
me refiero a Tífe, el bello:

¡Aquel árbol que posibilitaba las incipientes
formas de vida en el Énova!

Olas en mi mente inundan el terreno de fúne-
bres bosques sumergidos en sueño eterno:

Pesadilla en caos, agua a los costados,
sin sitio donde poder escapar ni elevarse.

Y no me muevo, esta vez
porque ya no quiero.

SEIS

Amanecer y fin de un mundo



En la habitación de penumbras, donde los
escombros de otro mundo se aglutinan en
manos de tinta, y con los primeros sorbos de
efímera luz que mi alma añoraba para curar-
se...

Distingo la criatura Úlufus, emerger de en-
tre las últimas sombras de la noche lánguida,
apartándose a su vez de la lucha infinita de
entre la luz y las tinieblas.

Luce poderoso, junto a su semblante,
a la vez que acarrea un ojo amarillo entre
sus colmillos...

Además, lleva, en lugar del suyo
un familiar rostro coronado en laureles,
eternizando su grandeza: el rostro más bello
de entre todos los rostros.

Volando lejos, bien lejos pero sin rumbo fijo,
lejos de este mundo, más lejos del otro:

Logra apenas escapar al arribo del amanecer
cuando me pregunto si acaso alguna vez
existió

aquel de quien tan sólo el nombre
me atesora
en el recuerdo y que relincha
en las paredes de
mi mente dormitada...

A quien a partir de este momento y por los
próximos mil ciclos, haciendo uso de mi últi-
ma maldición
llamaré Damián, por no permitirse a sí mismo
doblegarse ante nadie más

Y, en cambio, darse a la fuga al haberse he-
cho con el poderoso semblante de una criatu-
ra fugada de
mi propia volición, cuando a mí mismo
me desbordaba el deseo por salir de donde
me encontraba...

Del otro mundo sólo prevalece el hedor de
un muerto que
ya no se permite ver, atisbo vaporoso
separado de mí apenas
por la finitud de un hilo.

Más un triste eco, susurro de olvidadas figuras musicales de ensueño, languideciendo junto a todos ello.

Nunca, nunca más la melodía arribará mi oído de tumba, sordo a la inmortalidad...

Nunca, nunca más la melodía en tiempo muerto atravesará el umbral en el hilo que separa los sueños más macabros, de la realidad más sombría.

¿Ha sido el mío un buen sueño, he volado lejos del viciado aire de este sitio?

¿O acaso se trató de una mala pesadilla donde uno de los que ocupa mi estirpe moría?

Ya no importa.

Estoy desvelado, por fin, entre telarañas y libros antiguos, aunque sin poder moverme:

Como si mis extremidades etéreas permanecieran sujetas al hilo.

Y una figurilla fugada del sueño lúgubre de un muerto de antaño, una proyección idónea de otro ser haya sido mi cuerpo en todo momento.

Quien despertara sólo fugazmente de la ilusión de un poderoso sortilegio para luego soñar como aquella serpiente que se muerde la cola; el sueño del monstruo que destruye un mundo porque jamás alcanza su propia belleza:

Y nunca, nunca más despertara su esencia verdadera de la ilusión sin final, confinado a permanecer soñando para siempre en la habitación de Penumbras...

Glosario de monstruos

Dámneh: ser enigmático que aparece en otro mundo, caracterizado por llevar el rostro más bello. No queda claro si es una entidad o un humano que, como Únukai, viaja a otra dimensión (tampoco queda claro su género).

Únukai: brujo y lector solitario. Viaja a otro mundo siguiendo una melodía fantasmagórica. Se enamora perdidamente de Dámneh.

Úlufus: criatura alada con alta capacidad afectiva, lleva la alegría y la convicción por luchar, otorgando el poder de atravesar otras dimensiones a quien se alía a ella. De poder considerablemente menor a Levián, sin embargo, esa situación se ve empatada por su gran valor.

Énova: mundo de la serpiente Levián. De paisajes de ensueño (o de pesadilla). Su mundo no tiene sol ni luna. La muerte es el principal elemento que compone su naturaleza. ¡Pero incluso ese mundo de muerte tiene derecho a vivir! Algo que se halla amenazado.

Fin.

Aleph y Tífe (árboles): Verdad y Belleza: los árboles gigantes. Son quienes sostienen al mundo de Énova.

Belzéc: personaje secundario. Solo aparece atraído por el hedor desprendido de los vicios. Además es rumiante, por lo que también aparece en contextos de muerte. Adicta a las decepciones, se nutre del sentimiento pesado de desgracia, desesperanza y derrota.

Levián: criatura mítica que duerme arrojada en un antiguo mundo (Énova). Aunque puede desarrollar identidades con conciencia propia, generando confusión. Su mayor representación es la de una serpiente gigante que rodea un mundo, destruyéndolo.

Índice

Cap. I

Cap. II

Cap. III

Cap. IV

Cap. V

Cap. VI

Glosario de monstruos.....

